

—Qué hotel busca, señor.

A Campaci le tembló la garganta. Dijo: Hotel Samnita —y el muchacho uniformado preguntó si era extranjero.

—Argentino —dijo él.

El muchacho alzó las cejas en un gesto de admiración.

—Mi madre dice que si no me hago matar, me vaya a la Argentina.

Campaci no tenía clara la fecha. Pensó: «1939, 40 ó 41», pero supo que de todos modos iba a ser inútil decir algo, que todo estaba dado, escrito en esa calle. Y que tal vez otra mirada descifraba en las piedras los episodios de esa vida casi anónima. Pensó que ese muchacho aún no sabía de esquilas de granadas, de obuses, ni de que alguna vez iba a ser capaz de ofrecerse como rehén a cambio del hermano, la mañana en que apareció muerto un suboficial alemán. El mundo de ese muchacho era una Europa peligrosa, una España recién salida de la guerra civil, una Polonia y una Checoslovaquia cubiertas por la svástica, e Italia inyectada con el virus cienfuciente y frenético de la Roma Imperial. Era increíble.

—Alberto —dijo, y le tendió la mano.

El muchacho se la estrechó.

—Campaci —respondió—. *Davide Campaci*.

El sintió extraña la mano del muchacho. Era delgada, más pequeña incluso que la suya. Era la mano de un chico. Y sin embargo, el joven que estaba delante de él algún día le tomaría su mano, y la pequeña mano de Campaci se vería rodeada, envuelta, cobijada en la gran mano de ese muchacho. Algún día que ya había pasado.

—Mi madre no soporta la idea de que me manden al frente —dijo el muchacho—. Hoy me pidió que no los viera. No pude despedirme de mi hermana.

Campaci se quedó en silencio, mirando hacia todos lados como para fijar las imágenes en ese instante. Recompuso la escena de la tarde: la mujer de luto, las manitas entrelazadas, tal vez, de su tía Claudia. Todo eso era real, la mujer, el saludo cálido del joven. No había falla, ni quiebra visible. Sólo esa luna vieja, lenta y pálida, cuya luz pegaba en las piedras e iluminaba la fuente, en la que descubrió una cabeza de Medusa ahogada en verdín.

Su padre había muerto una noche así, tres días después de que hablaran en la plaza, con la cara, con la mirada gris y ausente, debajo de un crucifijo de latón.

—Mi padre murió en Argentina —dijo de golpe—. Nunca pudo volver a Italia.

El muchacho miraba hacia la cumbre.

—Es triste —contestó, siguiendo el imperceptible rompecabezas de la noche, tan detenida que el humo del cigarrillo los rodeaba suavemente, apenas barrido por las respiraciones.

—Cuando vengo a este sitio —dijo— me olvido de la guerra. Vuelvo al pueblo de cuando era chico, cuando buscábamos huevos de águila en el monte y nos bañábamos en el lago.

Campaci volvió a ver el cartel: *Mateotti vive* y creyó recordar. Recordó esa misma voz hablando de los fascistas, de la violencia, y de un mártir del socialismo. Giacomo Mateotti.

—¿Qué sitio es éste? —preguntó.

—Lo llaman *Plaza Samnita* —dijo el muchacho—. En este lugar los samnitas devolvieron rehenes a los romanos, al fin de su tercera guerra.

Campaci recordó de nuevo la pintura. Los soldados con las manos a la espalda, pasando debajo de las lanzas. Eso había sido en otro sitio, en las Horcas Caudinas, o en una librería de Chacarita, cuando él, con muchos años menos, le había preguntado por qué eran pobres.

—Fueron valerosos, los samnitas —dijo el muchacho—. Pero perdieron la guerra, al final. Se quedó pensativo unos segundos y después tiró el cigarrillo en la fuente.

Campaci miró la cabeza de Medusa, repleta de verdín y de serpientes, maltratada, eternamente muerta bajo el agua. Y de pronto creyó ver sombras a lo lejos. Parecían marchar contra los muros, sin un solo ruido, sin alterar el frágil abanico con que los miraba el cielo.

—Mi hermano se hace el enfermo —dijo el muchacho—. Se orina todo el tiempo los pantalones, para que no lo trasladen.

Campaci sonrió. Era cierto, entonces.

—El miedo es contagioso —dijo después el muchacho—. Anteayer, estuve a punto de volarme un dedo del pie, con tal de no ir al frente. —Miró a Campaci un poco avergonzado—. Lo peor es no saber cómo será uno, cómo será cuando... —Hizo una minúscula sonrisa, donde había algo de angustia—. ¿Usted cree que ganaremos?

Campaci no contestó.

El muchacho se quedó mirando el cartel del muro.

—Italia está enferma —dijo—. Aunque pase la guerra, no sé si podré volver a este pueblo.

Campaci habría querido describirle aquella pensión rasposa de la calle Venezuela, donde le contaron que su padre, todavía soltero, ponía la única camisa debajo del colchón, para que se planchara, y donde se tumbaba a la noche, después de haber trabajado como buey en una fábrica de baterías.

—Es triste desterrarse —dijo.

—¿Sabe por qué se llama «Letino», el pueblo? —el muchacho se había apoyado en el borde de la fuente y miraba el cadáver de Medusa—. Este era el límite de la Magna Grecia. Para este lado, cruzando el río, desterraban a los ciudadanos caídos en desgracia. Por eso lo llamaron Lete; de Leteo, río del olvido. Y al pueblo que se formó con esos desterrados, con los sin patria, lo llamaron Letino.

Campaci pensó que, en cierto modo, él también era un desterrado. Y recordó algo, una frase, que había escuchado de chico en un pasillo de hospital. Una frase trunca, sobre la acción del plomo en el organismo de un hombre. «Saturnismo», había dicho un doctor. Plomo en la sangre, en los huesos, en todos los tejidos. Su padre había sido maestro, *maestrino* en Italia, antes de la guerra, y obrero en una fábrica de baterías, en Buenos Aires. Y había enfermado de eso, de saturnismo.

Pero todo iba a pasar así, sin una leve variación, o ya había pasado. Ahora ese muchacho que estaba frente a él lo miraba como nunca antes ni después lo había hecho. Esperaba una palabra. Esperaba de él algún consejo.

—En el adiestramiento —dijo el muchacho— una vez apareció un oficial con cuatro condecoraciones. Era de tierra, y famoso. El oficial quería probar un paracaídas. Le aconsejaron que subiera a la torre de ejercicios, primero. El tipo subió, ofendido, y cuando estaba arriba, se congeló, no pudo saltar. Miraba la lona, abajo, y decía: «no, no...».

Campaci no supo qué decirle.

—El miedo —dijo el muchacho— es que en el frente me pase lo mismo que a ese hombre.

Campaci metió un dedo en el agua de la fuente. Y se extravió mirando la onda, la luz lunar sobre la onda, moviendo el rostro de Medusa.

—¿Qué le dirías a tu hijo? —preguntó.

El muchacho lo miraba.

—Si te encontraras ahora con el hijo que vas a tener, algún día.

El muchacho observó la mano de Campaci, que goteaba lentamente. Después buscó con los ojos en la plaza, en los bancos, en el edificio.

—Que fuera un buen samnita —contestó, inseguro, sin saber para quién lo había dicho—. ¿Qué hora tiene?

Campaci sintió de golpe el corazón. Eran cerca de las cuatro.

El muchacho agitó una mano y se puso de pie.

—Siga por esta calle —dijo— hasta la *Via dei Condottieri*. Ahí doble a la derecha y desemboca en la plaza. Después va a ver el hotel.

—¿Tenés que irte? —Campaci tembló.

—A las cuatro y cuarto pasan la revista —dijo el muchacho.

Campaci sintió que había vivido toda su vida para ese momento, para ese instante tan puro e inexplicable que ahora estaba acabando. Volvió la cabeza y miró el tablado, el edificio, los bancos de piedra. Algo estaba cambiando en la luz, algo indefinible clavaba los objetos en un orden vagamente burdo y desgastado.

—Podría volver a verte —dijo—. Invitarte a comer.

Era imposible, era hasta imbécil y Campaci lo sentía, pero la frase ya estaba dicha y en todo caso sólo retenía la escena un par de segundos, antes de que el tiempo la extraviara en esas calles.

—Mañana me transportan a Albania —dijo el muchacho.

Campaci sintió, de golpe, la gravedad que había en su voz. Y pensó por primera vez, lleno de angustia, en tener un hijo.

Ese muchacho, su padre, volvía a lanzarse a la guerra, a las heridas, pero vivo, en alguna zona secreta de tiempo, esperando el momento de mirar por primera vez una ciudad de Sudamérica, con una valija colorada en la mano, en medio de la multitud.

No pudo despedirse. Decidió volver sin mirar más esas calles, ni esa noche que estaba dejando de ser un sueño. Pero al tercer paso una mano lo detuvo. Era el muchacho. Campaci vio la escena en un segundo de extravío, como al costado de sí mis-

mo. Vio al muchacho uniformado frente a él, ofreciéndole un pequeño rectángulo de cartón.

—Tome —le dijo—. De Letino: un recuerdo del olvido.

Entonces volvió a ver a los soldados desarmados, pasando debajo de las lanzas, y se quedó inmóvil, sin reaccionar, zambullido con dulce violencia en el vértigo de tantos años recobrados, detenido en esa otra fracción de eternidad en que el cuerpo uniformado de su padre, alejándose, cruzaba en diagonal la plaza, dejaba atrás el tablado, los arcos del gran edificio y acababa confundiéndose con las sombras de una calle.

Volvió al hotel, casi de día.

Nora dormía boca abajo, sepultada por las cobijas.

Campaci tuvo el impulso de acomodar la postal en la mesa de luz. Pero después se paró frente a la ventana, miró la noche vagando sobre la plaza y empezó a desabotonarse la camisa en la oscuridad. Despacio, suavemente, con una sola mano.

Marcelo David Caruso



Premio Iberoamericano Bartolomé de Las Casas

La Secretaría de Estado para la Cooperación Internacional y para Iberoamérica, con la Agencia Española de Cooperación Internacional y el Instituto de Cooperación Iberoamericana, en el marco de las acciones preparatorias para la conmemoración del Quinto Centenario, instituye, con carácter anual, el PREMIO IBEROAMERICANO BARTOLOME DE LAS CASAS, de acuerdo con las siguientes

BASES

- 1 El Premio** se otorgará para distinguir a aquellas personas o instituciones que hayan destacado en la defensa del entendimiento y concordia con los pueblos indígenas de Iberoamérica, en la protección de sus derechos y el respeto de sus valores, en armonía con el espíritu que anima la conmemoración del Quinto Centenario.
- 2 Podrá** ser candidato al premio cualquier persona o institución, del ámbito iberoamericano, propuesta de acuerdo con estas bases.
- 3 Podrán proponer** candidatos al Premio las Universidades, Academias, Organizaciones no Gubernamentales e Instituciones de España e Iberoamérica vinculadas al mundo indígena. También podrán proponer candidatos cada uno de los miembros del Jurado. Las propuestas, convenientemente documentadas, deberán remitirse al Instituto de Cooperación Iberoamericana, antes del 15 de agosto de 1991, haciendo constar en el sobre la mención PREMIO BARTOLOME DE LAS CASAS.
- 4 El Jurado** estará formado por los siguientes miembros:
 - El Secretario de Estado para la Cooperación Internacional y para Iberoamérica.
 - El Presidente de la Agencia Española de Cooperación Internacional.
 - El Director General del Instituto de Cooperación Iberoamericana.
 - Seis personalidades, españolas e iberoamericanas, con especial y significativa sensibilidad hacia el mundo indígena.
 - El ganador del Premio en la convocatoria anterior.
- 5 Presidirá** el Jurado el Secretario de Estado para la Cooperación Internacional y para Iberoamérica, que tendrá voto de calidad y designará a un Secretario, sin voto.
- 6 El Premio** podrá declararse desierto, en cuyo caso su dotación no podrá ser acumulable. No podrá concederse a título póstumo. El fallo del Jurado será inapelable.
- 7 El Premio** consistirá en una dotación, en metálico, de cinco millones de pesetas, y una medalla de la efigie de Bartolomé de las Casas.
- 8 La entrega** del premio se realizará el 11 de noviembre de 1991, aniversario del nacimiento de Bartolomé de Las Casas, en un acto que se celebrará en Madrid y que consistirá en una intervención por parte del premiado sobre un tema de su especialidad, al que seguirá la entrega de la medalla.
- 9 Tanto** la actuación del Jurado como todos los demás aspectos de procedimiento se regirán por un Reglamento interno, elaborado y aprobado por el ICI a estos efectos.

Avda. Reyes Católicos, 4 • 28040 Madrid • Teléfono: 583 81 00



AGENCIA ESPAÑOLA
DE COOPERACION
INTERNACIONAL



QUINTO CENTENARIO